

tección para este pueblo fiel y entusiasta, como ninguno, por la justa y santa causa del Supremo Gobierno.

Protesto á V. E. las consideraciones de mi distinguido aprecio y respeto.

Dios y Ley.

San Juan, noviembre 3 de 1858.

José Cuéllar (rúbrica).

ANEXO.

Minuta de la contestación que dió el Ministro de Guerra del Gobierno Conservador al parte anterior.—6 de noviembre de 1858.

Con el mayor sentimiento se ha impuesto el E. S. Presidente, de la comunicación de V. S., de 3 del corriente, en que participa los sucesos desgraciados que han tenido lugar en la heroica capital de Guadalajara; y S. E. me manda decirle en contestación que el Gobierno está resuelto á castigar severamente á los bandidos que han cometido tantas atrocidades, y al efecto, el Sr. Gral. Márquez debe haber pasado por ese lugar con dirección á Guadalajara, y seguirá otra división al mando del Sr. Gral. Miramón, con igual objeto.

Dios, etc.

Noviembre 6 de 1858.

(Una rúbrica.)

Sr. Administrador de Correos de San Juan de los Lagos.

XIII

OFICIO DEL GRAL. JUAN J. DE LA GARZA AL MINISTRO DE GUERRA DEL GOBIERNO CONSTITUCIONAL, EN QUE ESTA INSERTO OTRO DEL GRAL. DEGOLLADO, RELATIVO A LAS OPERACIONES MILITARES QUE DEBIAN EMPRENDERSE DESPUES DE LA OCUPACION DE GUADALAJARA.—29 DE NOVIEMBRE DE 1858.

Brigada Garza
General en Jefe

Exmo. señor:

Con fecha 31 del próximo pasado octubre me dice desde Guadalajara el E. S. Ministro de Guerra y Marina, don Santos Degollado, lo que á la letra copio:

«Exmo. señor:—Los pliegos que tengo el gusto de adjuntar á V. E.,¹ le ratificarán la noticia que le he dado ya, de la ocupación de esta plaza por la primera división del Ejército Federal que es á mi mando.

«Tan brillante y completo triunfo, alcanzado por el denuedo y decisión con que se procedió al asalto, ha dejado en nuestro poder, por la rendición del enemigo, el resto de su fuerza, á la vez que su armamento y pertrechos de guerra; y como para reorganizar la primera y utilizar los segundos, sean

¹ No se encuentran en los numerosos legajos que pudimos consultar en el archivo de la Secretaría de Guerra y Marina.

necesarios trabajos asiduos y minuciosos, que requieren algún tiempo, se hace indispensable que poniendo V. E. en juego su actividad y acreditada decisión, haga avanzar sus fuerzas sobre Zacatecas ó San Luis Potosí, según que lo juzgue más conveniente.

«Tal vez no lo será emprender un ataque decisivo si no hay todas las probabilidades de un feliz éxito; pero como V. E., con su conocido juicio, sabrá ponerse á cubierto de una sorpresa ó descalabro, siempre se logrará la inmensa ventaja de hostilizar de un modo constante al enemigo; tal vez se impedirá su reunión, y sobre todo, muy á la vista de sus operaciones, V. E. podrá darme pronto aviso de ellas para combinar la unidad oportuna de las nuestras.

«Ni un momento descansaré hasta lograr se halle enteramente lista esta división para marchar sobre el interior, dirigiéndome al punto que la situación lo exija, y sea más conducente al pronto y absoluto triunfo de nuestra causa. Dígolo á V. E. para su conocimiento, protestándole mi aprecio y consideración.»

Y lo transcribo á V. E., protestándole mi distinguida consideración.

Dios y Libertad.

Tampico, noviembre 29 de 1858.

Juan J. de la Garza (rúbrica).

M. Ortiz (rúbrica).
Srio.

primera brigada de infantería, Teniente Coronel don Marcos González Letechispía, que personalmente fuese á decir al jefe del Tercer Ligero que no se moviese del puesto que tenía, hasta recibir mis órdenes. Comenzaron los enemigos á emprender su ataque; pero fueron rechazados con una pérdida considerable, pues nuestra artillería operó brillantemente sobre ellos.

El faccioso Arteaga, con una fuerza de ochocientos á mil hombres, marchó sobre nuestra izquierda con dos piezas de montaña y una de grueso calibre, para batirnos de flanco; pero violentamente previne al valiente Gral. Cruz que diese una carga con toda la caballería, la cual fué ejecutada con la mayor bizarría, habiendo hecho á los enemigos en dicha carga más de doscientos muertos, quitádoles las dos piezas de montaña y hécholes ciento setenta y seis prisioneros, entre los cuales están el Mayor de Ordenes de la Brigada Arteaga y otro oficial, y por consecuencia, destruído toda la referida Brigada y puesto en confusión todas sus fuerzas. En este momento, Exmo. Sr., el triunfo era seguro, y empezaba ya á disponer mi carga sobre ellos, cuando noté que el enemigo se había posesionado del cerro de la derecha, con cosa de mil hombres, pues no se hallaba allí el Tercer Ligero, á quien se había confiado el puesto. Como este punto era, como se ha dicho, la llave de nuestra posición, y hacia este rumbo se replegaban todos los enemigos, ya en desorden, el Exmo. Sr. General Mejía marchó con el Batallón de Querétaro á fin

de evitar que nuestra posición fuese envuelta, logrado lo cual regresó previniendo al Sr. General Calvo marchase con el Segundo de infantería á tomar el mando de todas las fuerzas é impedir que el enemigo consumase la posesión de aquel interesante punto, lo cual se ejecutó violentamente, con tanto denuedo de los batallones Segundo de Línea y Querétaro, que se reconquistaron dos piezas de montaña que se habían quedado con el Tercero, y que éste abandonó al dejar el puesto.

En este punto se emprendió un reñido ataque, pues sobre él habían cargado todas las fuerzas enemigas, por lo que dispuse que el Batallón de Zapadores y San Luis de la Paz, marchasen también á reforzar á los batallones citados. A pocos momentos, el Sr. General Calvo fué herido y tuvo que separarse del campo, en cuyo acto mandé que inmediatamente tomase el mando el Sr. Gral. Licéaga, quien con sus fuerzas sostuvo un reñidísimo combate, que duró toda la noche, y tan inmediatas las dos fuerzas, que no había sesenta pasos de distancia, sin que se lograra desalojar á los enemigos que se habían posesionado de una cerca de piedra en un número considerable, y cuya fuerza fué relevada y reforzada tres veces en el transcurso de la noche, mientras que por mi parte no podía mandar un solo infante más sin dejar completamente abandonada mi línea, pues para disponer de alguna más infantería, había desmontado al Tercero de Caballería y prevenido á su Coronel, D. Jesús Malo, que sostuviese el ala izquierda.

Indiatamente traté de averiguar dónde se hallaba el Tercero Ligero, que, como he manifestado á V. E., era el cuerpo de más plazas, y resultó que sólo su Teniente Coronel y cien hombres se encontraban en una altura, pues el resto, en la subida del cerro, había sido llevado fuera del campo de batalla por sus cobardes oficiales, y cuya fuerza ignoro hasta ahora el lugar donde se halla, sin embargo de haber dictado las más activas providencias para castigarlos severamente. Sólo sé que van esparciendo la noticia de haber sido nosotros derrotados, cuando, por lo contrario, el triunfo infaliblemente hubiera sido espléndido sin su infame é imperdonable defección.

El enemigo, que se encontró derrotado y con una enorme baja, se retiró á la hacienda del Coyotillo, y sólo sostuvo la posición del cerro, por lo cual, comprendiendo yo que al amanecer del siguiente día todas sus fuerzas cargarían por este flanco, y habiendo quedado sumamente débil por la falta de infantería, dispuse que desde las dos de la mañana el Sr. Coronel del Tercero de Caballería, D. Jesús Malo, con todos los trenes de artillería, municiones y cargas, marchase á esta hacienda, que dista tres leguas del campo de batalla, retirándome yo á las cuatro de la mañana con todo el resto de las fuerzas y con el mayor orden á tomar posesión de otra nueva línea de defensa; pero el enemigo, que ha sufrido una gran pérdida, no ha podido moverse un solo paso de la hacienda, á que también se retiró.

El hecho de armas de que tengo el honor de dar

parte á V. E., ha sido glorioso para nuestras armas. El número de hombres que se hallan bajo mis órdenes, según el estado de la víspera del combate, sólo era de tres mil trescientos catorce hombres, incluídos los trenistas y conductores, y diez y ocho piezas de artillería; mientras que el enemigo contaba con más de siete mil hombres y veintiocho piezas de artillería.

Por nuestra parte, tenemos que lamentar la pérdida de doscientos hombres, sobre poco más ó menos, entre muertos y heridos, de los cuales aun no doy á V. E. una noticia exacta por no demorar este extraordinario, pues estoy recogiendo los partes respectivos; entre ellos, se encuentran algunos oficiales, de los cuales (después) daré á V. E. conocimiento, y sólo haré mención (aquí) del Sr. Gral. Calvo, que recibió una bala en el brazo derecho que le salió por la espalda; pero, según la opinión de los facultativos, no presenta síntomas alarmantes. Igualmente, el Sr. Teniente Coronel D. Juan Torres, del Segundo de Infantería, el cual perdió el brazo izquierdo, y el valiente Capitán del Primer Regimiento de Caballería don Trinidad Ramírez, que murió en el momento de la primera carga, que tuve el gusto de mandar personalmente.

El enemigo por su parte ha perdido, sin que V. E. crea que hay la más ligera exageración, entre muertos y heridos, más de seiscientos hombres y sobre dos mil dispersos, de manera que ha quedado imposibilitado para poder continuar el movimiento que proyectaba sobre esa capital; mas si

y Cuarto de Línea, mandadas por los valientes Coroneles D. José Cástulo Yáñez y D. Apolonio Montenegro, formaron la columna de ataque. La Brigada Orihuela, compuesta de los batallones Segundo de Línea, Primer Ligero de San Luis, Activo de Querétaro y el de Sierra Gorda, formó la columna de reserva para marchar á retaguardia de la columna de ataque, apoyando su movimiento. La brigada de caballería, mandada por el valiente General D. Francisco Sánchez, á trescientos pasos á retaguardia de las columnas de infantería, para operar convenientemente cuando llegara el caso. La brigada Vélez, formada en batalla en la misma línea que ocupaba desde el día anterior, con una batería de obuses de montaña. Y la otra brigada de caballería, á retaguardia del parque general, conservando su misma posición, pero ambas fuerzas enteramente listas para moverse á primera orden.

Practicados estos movimientos preparativos, empecé el ejecutivo, á las seis y media de la mañana, situando mis columnas de ataque á la entrada del camino que conduce al Arzobispado, en el punto en que estaba colocada mi batería avanzada de la derecha; y allí, vitoreando á la Nación y al Supremo Gobierno, al toque de fuego mandé romper el de artillería y empecé la carga con las columnas sobre las posiciones enemigas, desde las cuales se me recibió con un fuego nutrido y mortífero de cañón y fusilería, empeñándose desde luego el combate de la manera más tenaz. Mis tropas llegaron

hasta las trincheras enemigas; pero cuando más ansiaban escarmentar á los contrarios, los encontraron escondidos tras de la barda de la huerta del Arzobispado, desde donde hacían un fuego encarnizado, sin correr el menor peligro, á mis valientes que peleaban á pecho descubierto; y por esto fué preciso variar en el momento el plan de ataque, y al efecto, cargué mis columnas de ataque sobre la izquierda y moví en el acto todo mi campo, estableciéndolo sobre la loma que comunica inmediatamente con el frente Norte del Arzobispado, Molino del Rey y Casa de Mata.

Entretanto, mi Segundo en Jefe, el Exmo. Sr. General D. Tomás Mejía, después de llegar con las columnas hasta la línea enemiga, seguía combatiendo con la caballería, hacia la derecha nuestra, con el mejor éxito y la mayor bizarría.

Verificado el cambio de posición, que se ejecutó en lo más empeñado del combate, dispuse que mis baterías dirigiesen sus fuegos sobre el Arzobispado, situando dos obuses de á 24 á la izquierda de mi nueva línea, destinados á batir á la Casa de Mata, desde donde la artillería enemiga hostilizaba de flanco á mis tropas; y en seguida, poniéndome á la cabeza del cuarto batallón de línea, mandado por su distinguido Coronel, avancé con él hasta la barda de la huerta del Arzobispado que ocupaba el enemigo, trabándose entonces una lucha personal entre los defensores de aquella barda y los valientes que la atacaban, que hizo presenciar al Ejército entero hechos de valor que honrarán

siempre al benemérito Cuarto Batallón de Línea, resultando de esta lucha que mis soldados fueron conquistando una por una todas las troneras de dicha barda que ocupaban sus adversarios.

Mientras que por una parte el Cuarto Batallón sostenía esta lucha, su Coronel, con el resto del cuerpo, avanzó hasta la primera bocacalle de la población, dividiendo allí su pequeña fuerza en dos partes; á la una la destinó á batir el parapeto enemigo de su derecha, y con la otra á la casa del frente hasta cuyo pie llegaron los denodados soldados de que hablo.

Adquiridos estos progresos en mi presencia, hice venir allí al Batallón de Querétaro y al Segundo Batallón de Línea, cuyo valor se ha probado tantas veces, y con ellos penetré por la puerta de la casa que queda á la izquierda, frente al Arzobispado; y ocupando inmediatamente sus alturas, comencé á batir al enemigo con el mejor éxito por aquel costado, apoyando los esfuerzos del Cuarto Batallón. Situé en la esquina que batía dicho Batallón, dos obuses de montaña, de los cuales conduje uno á la casa que ocupaba el de Querétaro, encargando al Teniente Coronel del Cuarto, D. José María Segura, que lo estableciese en la puerta de la calle, para batir con ella, y desde allí, al enemigo; haciendo avanzar simultáneamente dos piezas de á ocho hasta la esquina donde se hallaba el otro obús de montaña.

Empeñado el ataque de este modo, marché á la derecha de mi línea y penetré por la puerta del

campo de la huerta del Arzobispado, que encontré sembrada de cadáveres, y continué, atravesándola, hasta la puerta del edificio que comunica con la calle principal, desde donde comencé á batir en el acto á los enemigos, y ocupando con una fuerza pequeña las alturas.

Hecho esto, observé que una fuerza de caballería nuestra, venía por la derecha dirigiéndose á la población; en el acto me puse á su cabeza y con ella penetré hasta la plaza, que tan encarnizadamente habían defendido los enemigos de mi patria.

Mucha parte de ellos quedaba todavía haciendo los últimos esfuerzos; pero la caballería que yo llevaba, y una parte del cuarto batallón que con su Coronel penetraba á la vez por la misma calle, los arrolló completamente, batiéndolos en cuantos puntos se detenían y acuchillando una fuerza de caballería enemiga que conducía unos carros de parque, los cuales quedaron en poder de mis tropas; batiendo y persiguiendo á los dispersos que en precipitada fuga huían por la calzada de Chapultepec, hasta quedar victoriosas las armas del Supremo Gobierno y en plena posesión de la villa de Tacubaya.

Entre tanto que se ejecutaban las operaciones que acabo de referir, todas las demás tropas desempeñaban en el combate la parte que les correspondían, según el punto que ocupaban.

Además de la brigada de caballería que, á las inmediatas órdenes del Exmo. Sr. Gral. Mejía, combatió por la derecha, despedazando al enemi-

go y arrollándolo hasta adelante del pueblo de Mixcoac, el tercer cuerpo de la misma arma penetró por la calle principal. La guerrilla Agreda cargó por la derecha de nuestro primer campo con tan buen éxito, como la tarde anterior; Lanceros de Tulancingo, Escuadrón Serna y Policía de á caballo de esta capital, persiguieron al enemigo por la izquierda; las guerrillas Ramírez y Villanueva lo verificaron también á los flancos de nuestro campo.

El Batallón de Ingenieros batió y tomó la Casa Mata, marchando luego por la Calzada de Anzures hasta la puerta de Chapultepec. El escuadrón de Tulancingo y el de Toluca se internaron por el Molino del Rey hasta Chapultepec, de cuya fortaleza tomaron posesión. El bizarro Tercer Batallón de Línea y la brigada del valiente Gral. D. Francisco A. Vélez, en medio del fuego nutrido que por todas partes recibía á pecho descubierto, sostuvieron la posición y batieron al enemigo en todos los puntos que aparecía. La artillería de montaña fué la primera que jugó sobre el enemigo cuando se hizo el cambio de posición, entre tanto llegaba y se establecía la de batalla. Concluída enteramente la batalla, dispuse que todas las tropas, artillería y trenes, se concentrasen dentro de Tacubaya.

Cuando, como llevo dicho, me puse á la cabeza de una fuerza de caballería para penetrar con ella á la población, tomé posesión del fortín enemigo que defendía aquella entrada con su correspondiente artillería. Después de dejar asegurada la plaza,

me dirigí de nuevo al campo, pasé á Casa Mata y entré al Molino del Rey, tomando en aquellas intermediaciones dos piezas de artillería del enemigo; me interné por el bosque de Chapultepec, y allí tomé posesión de otras tres; salí por la puerta principal de dicha fortaleza, y en la calzada de Anzures la tomé igualmente de otras ocho que el bizarro Batallón de Ingenieros había quitado al enemigo. El resto de su artillería se le tomó en distintos puntos.

Tengo el honor de acompañar á V. E. ocho documentos numerados, siendo el primero un estado de muertos, heridos y dispersos; el segundo, una relación nominal de los jefes y oficiales muertos; el tercero, otra de jefes y oficiales heridos; el cuarto, la relación general de los heridos que asiste el Cuerpo Médico Militar; el quinto, la de los prisioneros de guerra; el sexto, la de artillería y pertrechos de guerra tomados al enemigo; el séptimo, la de los pertrechos, ropa y trenes de ambulancia quitados al mismo, y el octavo, la de los señores Generales, Jefes y Oficiales que, sobresaliendo por su mérito, son acreedores á una mención particular.¹

No me ocupo, Sr. Exmo., de especificar á V. E. las acciones distinguidas de los valientes que forman el Primer Cuerpo de Ejército, porque el resultado de la batalla es su mejor recomendación; y me limito á manifestarle que la victoria que alcanzó el Ejército en las jornadas de que doy parte, fué la más completa, puesto que, además de derrotar com-

¹ Omitimos los ocho documentos susodichos por ser muy extensos, de interés secundario, y estar ya publicados.

pletamente á ocho mil hombres perfectamente posesionados y mandados por sus principales cabecillas, les tomó á viva fuerza sus treinta y una piezas de artillería, todo su parque, carros y demás trenes, la casaca y banda de Degollado, y todo cuanto tenían que perder, sin que sus dispersos lograsen llevar consigo sino la afrenta de una nueva derrota, tanto más vergonzosa cuanto que fué á las puertas de la Capital de que soñaban apoderarse.

El comportamiento de todos los individuos del Ejército no ha dejado que desear; cada uno en su escala ha pasado los límites de su obligación, movido por el patriotismo más acendrado y el valor más ejemplar. Mi Segundo en Jefe, el Exmo. Sr. Gral. D. Tomás Mejía, no obstante sus gloriosas heridas, y á quien desde el principio del ataque le encargué la vigilancia de las columnas, no sólo se consagró á este importante objeto, sino que, tenaz en su carga sobre el enemigo, llevó la persecución hasta el pueblo de Mixcoac. El valiente Gral. D. Francisco Vélez, á pesar de que se resiente aún de la herida de Ahualulco, dió en estas jornadas una nueva prueba de su bizarría. El Gral. D. Ignacio Orihuela, digno sucesor de su inmortal hermano, acreditó una vez más el valor que lo caracteriza. El denodado Gral. D. Agustín Zires, que desempeñó con tanta actividad, eficacia y acierto, las difíciles funciones de Mayor General del Ejército, estableciendo los campos en medio del fuego enemigo y trabajando luego asiduamente en recoger toda la artillería, trenes, parque y prisioneros del ene-

migo, consagrándose empeñosamente á dictar todas las providencias de su resorte durante la batalla y después de ella. El Gral. D. José Quintanilla cumplió también con su deber, así como el Comandante General de artillería, Coronel D. Juan Espejo, quien acreditó nuevamente en tan gloriosa jornada, no sólo su denuedo, sino también sus conocimientos militares. El valiente Teniente Coronel D. José Sánchez Facio, que, constantemente á mi lado, desempeñó á mi entera satisfacción cuantas comisiones le confié, siendo todas ellas sobremanaera peligrosas; así como se distinguieron también por su valor y actividad mis ayudantes de campo, que todos á porfía se disputaban el honor de sacrificarse en defensa de la patria.

Todo lo que me es satisfactorio participar á V. E., para que tenga la bondad de elevarlo al conocimiento del Exmo. Sr. Presidente de la República.

Dios y Ley.

Cuartel general en México, abril 17 de 1859.

Leonardo Márquez (rúbrica).

Exmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina.

XXII

OFICIO DEL GENERAL RAFAEL JUNQUITO, EN QUE ESTA INSERTO OTRO DEL PREFECTO DE TEZIUTLAN, RELATIVO A LA INFORMACION DADA POR EL SR. FRANCISCO SERRATO SOBRE LOS SUCEOS OCURRIDOS EN LA CAPITAL LOS DIAS 10 Y 11 DE ABRIL.

Ejército Federal
Brigada Junquito
General en Jefe

Exmo señor:

El Sr. Prefecto de Teziutlán, en oficio de fecha 20 del corriente, que acabo de recibir, me dice lo que sigue:

«Ahora que son las tres de la tarde, ha llegado á esta villa D. Francisco Serrato, que viene de la Capital de la República, de donde salió el día 15 del presente, á quien he interrogado en toda forma para que declarara lo que supiera respecto á los acontecimientos habidos en la Capital, quien declaró todo lo que verá V. S. en la copia que me honro de acompañarle, y me apresuro á remitírsela por extraordinario violento por ser muy interesantes las noticias que ella contiene, suplicándole las transmita violentamente al E. S. Presidente de la República; y al decirlo á V. S., le reitero las consideraciones de mi distinguido aprecio.»

Lo que tengo la honra de transcribir á V. S.,

acompañándole copia de la á que se refiere el citado Sr. Prefecto de Teziutlán, para su conocimiento y el del E. S. Presidente Constitucional de la República, ofreciendo á V. S. nuevas seguridades de mi distinguido aprecio.

Dios y Libertad.

Naolinco, abril 26 de 1856

Rafael Junquito (rúbrica).

E. S. Ministro de la Guerra y Marina.

Veracruz.

ANEXO.

Copia á que se refiere el oficio anterior.

Estado Libre y Soberano
de Puebla
Jefatura del Departamento
de Teziutlán

En la villa de Teziutlán, á veinte de abril de mil ochocientos cincuenta y nueve, el infrascripto Prefecto de este Departamento hizo comparecer ante sí á D. Francico Serrato, de esta vecindad, por haber sabido que acababa de llegar de México; quien, siendo interrogado, según se requiere, sobre los sucesos recientes de la campaña en aquel rumbo, declaró: que hace más de un mes que ha estado residiendo en aquella capital por asuntos de comercio que á ella le llevaron, y en consecuencia, le consta que desde el diez y siete del pasado marzo comenzaron á llegar á Tacubaya las fuerzas del Sr.

Degollado, las cuales sucesivamente ocuparon esa villa, Chapultepec, San Angel, los Ahuehuetes, el Molino del Rey, el Molino de Valdés y la Casa de Mata; desde cuyos puntos, que tenía bien fortificados, diariamente emprendía sus ataques sobre la plaza y las fuerzas de ésta, saliendo también pretendiendo (sic) reponer la cañería del agua que les habían cortado.

Que la Ciudadela y la garita de Belem eran los puntos desde donde los reaccionarios hostilizaban á los sitiadores; que el día dos del corriente hubo una acción reñida, que comenzó á las cuatro de la mañana hasta las diez de ella, y las fuerzas liberales asaltaron la garita de San Cosme, batiéndose parte adentro, á la bayoneta; pero se retiraron á Tacubaya, llevándose dos piezas de los de adentro, en cuya acción casi acabaron el Primer Ligero, el Cuarto y el Quinto de Línea.

Que el martes cinco del corriente, llegaron á México, en auxilio, las fuerzas del Gral. Márquez, quien emprendió un ataque sobre Tacubaya, el domingo diez, con cosa de seis mil hombres de todas armas y cuarenta y nueve piezas de artillería; que ese día comenzó la acción á las dos y media de la tarde, situando Márquez sus baterías en las lomas de Santa Fe; pero no pudo adquirir mayor ventaja en todo el día, hasta el siguiente lunes 11, que se rompieron los fuegos y duraron hasta las once, hora en que Miramón llegaba con una escolta y los Generales Robles, Severo Castillo y Cobos.

Que, según supo esa mañana, el General Zires,

segundo de Márquez, había comprado al Ingeniero extranjero que servía nuestras piezas, quien, elevando las punterías, dejó acercar al enemigo; y advertido esto por el Gral. Lazcano, mandó suspender los fuegos de artillería y que cargara una columna de rifleros, la que le hizo al enemigo (sic); pero en estos momentos, el Ingeniero traidor incendió el parque que había en el Arzobispado y Molino de Valdés; observado esto por el Sr. Lazcano, iba con un oficial, diez soldados y un carretero por parque á Chapultepec, y estando sacándolo de este punto, lo rodeó el enemigo, haciéndolos prisioneros, y en el acto fué fusilado él y sus compañeros. Careciendo ya de parque las fuerzas del E. S. Degollado, comenzaron á retirarse, unas por la Piedad y otras por el camino de Toluca, dejando abandonadas doce piezas chicas de artillería y llevándose las demás; pero que al día siguiente se reunieron en Tlalnepantla, en número de más de catorce mil hombres, donde recibió una orden de los Sres. Generales Suárez y Blanco, avisando que ya venían á unirse con el Sr. Degollado; que, al efecto, llegaron por el camino de la villa del Carbón.

Que al volver el enemigo á la Capital, fusilaron á cinco individuos de la Escuela de Medicina por haber estado auxiliando á los heridos liberales, así como también fusilaron á un religioso franciscano por haber salido á dar misa al campo del Sr. Degollado. Que el día trece se publicó un decreto por Miramón imponiendo un préstamo de dos millones de pesos al clero y al comercio, explicando

en dicho decreto que se necesitaba de aquellos fondos para salir á batir al enemigo, que de nuevo amenazaba á la Capital.

Agregando el que habla que el número de las fuerzas de los tacubayistas será de seis mil hombres, pues sufrieron grandes pérdidas; que (Miramón) también dió unos avisos al público anunciando que ya se diría el día que debían entrar las fuerzas que habían obrado sobre Veracruz, para que se solemnizase su entrada; que las cosas hasta el día que salió de la Capital estaban en tal estado; que en el camino sólo vió trescientos hombres de los tacubayistas, que se dirigían á Tulancingo con cuatro piezas chicas y dos carros de parque.

Esto es lo que ha declarado, ratificándose en que es la verdad de lo que ha visto.

Fecha, la misma.

Avila (rúbrica).

Aumento.—Al traidor Ingeniero lo dejaron colgado las fuerzas del Sr. Degollado, al retirarse de Tacubaya, en un árbol de dicha villa.

Escopia que certifico. Naolinco, abril 26 de 1859.

M. Cossa., (rúbrica.)

Srio.